

LATINOAMERICA: TERCER MUNDO

Análisis sobre un contrasentido: Subdesarrollo y solidaridad*

Latinoamérica: Tercer Mundo, es un libro de reciente aparición, que representa la continuación de un esfuerzo compartido por muchos teóricos latinoamericanos que desde hace varias décadas se encuentran en búsqueda, a través de una toma de conciencia de la realidad latinoamericana, de aquellos elementos que permitan un cambio estructural que conlleve a la superación del subdesarrollo que actualmente caracteriza a los países llamados del Tercer Mundo.

Dentro de estos esfuerzos de cambio se enmarca la obra que reseñamos de Leopoldo Zea, que ante todo nos acerca al análisis de nuestra situación y que en sí significa una continua denuncia de los mecanismos que generan el subdesarrollo.

El concepto de Tercer Mundo tiene una connotación muy discu-

tible que de mismo ha sido rechazado, como anota el doctor Zea, por gran número de autores quienes lo han calificado de imperialista y burgués por haber sido elaborado dentro de los países centrales. No obstante que estas objeciones son pertinentes, es un hecho que existen países que carecen de las características con que se pretende identificar a las naciones «desarrolladas», de ahí que Leopoldo Zea considere que lo que une a los países «no desarrollados» es su situación de dominados y explotados por encima de sus diferencias específicas.

Dentro de estos elementos unificadores se inscribe un capítulo titulado «Sentido y Contrasentido del Desarrollo», que en mi opinión, es clave en el contexto de esta obra pues se caracterizan en forma precisa aquellos aspectos que condenan a los países perifé-

* Leopoldo Zea, *Latinoamérica: Tercer Mundo*, Editorial Extemporáneos, México, 1977.

ricos a vivir dentro de un sistema que aunque capitalista no por esto deja de ser subdesarrollado y dependiente.

En esta parte el autor principia por analizar el *concepto de progreso* como sinónimo de lo que posteriormente se considerará equivocadamente como la noción de desarrollo; analiza minuciosamente como un contrasentido que el desarrollo consiste en la búsqueda de un progreso infinito nunca satisfecho que bien podría concretizarse —en nuestra opinión— en los postulados del sistema capitalista enarbolados por el hombre europeo del siglo XIX y posteriormente el norteamericano.

Esta búsqueda del progreso infinito basada en la apropiación de nuevas tierras y en la explotación del hombre como proveedor de fuerza de trabajo necesaria a la transformación de materias primas, estará al servicio de una acumulación de capital que no se llevará a cabo en los países recién conquistados sino en los países centrales europeos y posteriormente en los Estados Unidos, dando lugar —como lo anota Zea—, al desarrollo de estos países y al subdesarrollo de los llamados recientemente países periféricos. Actualmente ya no es la búsqueda de progreso sino el afán de crecimiento económico disfrazado de la idea de desarrollo lo que se pretende a través de la explotación en cadena.

Por otra parte, cabría preguntarse cuáles son los conceptos de desarrollo y de subdesarrollo que

el autor maneja a lo largo de su obra. Zea afirma que:

si el desarrollo implica la satisfacción permanente de las necesidades que en sentido natural y cultural tiene el hombre; el desarrollo debe continuarse, lo que no debe proseguir, es un desarrollo que implique no sólo la apropiación y dominio de la naturaleza sino también la de la casi totalidad de la humanidad en beneficio de una minoría. No se puede seguir manteniendo el desarrollo de una minoría sobre la dominación y la miseria de la mayoría.

Así, para Leopoldo Zea los pueblos explotados no pueden dejar de serlo, buscando a otros pueblos a quienes explotar. La relación entre pueblos, si ha de alcanzarse el desarrollo buscado, no puede ya ser la dependencia, sino la de solidaridad, concluye el autor.

De la cita anterior destaca la solución que al final del párrafo se anotó y con la cual diferimos. Una lectura detenida de la primera parte del libro nos deja la impresión de que el autor llegó a la conclusión de que la búsqueda de progreso infinito ha implicado una esclavitud a dos niveles: horizontal y vertical, externa e interna, la de las colonias y la de la propia metrópoli, que ha producido una enajenación planetaria que exige la racionalización de este desarrollo.

Una segunda lectura del libro de Zea nos lleva a especi-

ficar que *desarrollo* no significa crecimiento económico, noción que se infiere maneja el autor, aunque hable de desarrollo. Generalmente estos conceptos se utilizan indiscriminadamente como sinónimos, y en rigor hay que decir que el *desarrollo* implica más que un mero crecimiento económico y requiere de una transformación estructural que el crecimiento económico sólo logra de manera parcial; Brasil es un modelo de antidesarrollo con crecimiento de algunos sectores importantes de su economía. México se encuentra en el mismo caso, pero ninguno de ambos países ha alcanzado un verdadero desarrollo, sino un crecimiento económico relativo que favorece a las minorías internas y cuyos mayores beneficios salen del país a través de las multinacionales.

Más adelante, Zea anota que los pueblos subdesarrollados no podrán ir más allá de lo que permita el sistema dominante, así entonces, las posibilidades y el momento oportuno estarán limitados a los intereses del mismo sistema:

nada irá más allá del mismo sistema capitalista, nada que él mismo no permita.

Frente a esto, los países del Tercer Mundo no sólo necesitan buscar la solidaridad sino que consideramos deben romper con este sistema que no puede subsistir sino es manteniendo la relación dialéctica de explotación que vincula los países subdesarrollados a los desarrollados.

La solidaridad sí puede ser como lo afirma Zea, el primer paso pero esto no basta, ya que siempre estará en las manos de las reglas del juego capitalista y aunque, como lo señala el autor, el propio sistema presenta instancias, circunstancias especiales que permitan la apertura de posibilidades, ello es un mero espejismo de libertad que no debe engañarnos. Si la OPEP hace uso de la solidaridad, pero también del poder económico que le da el petróleo, así ha podido hacerse escuchar en los foros internacionales. Esta es una de las instancias, lo que no significa que estos países hayan alcanzado por medio de la solidaridad salir de su dependencia; al final, lo que han logrado es un crecimiento del producto *per cápita* sin haber podido lograr la destrucción del subdesarrollo.

Para concluir, pensamos que la principal aportación de esta obra a la Teoría del Desarrollo Latinoamericano consiste en que concibe el desarrollo y subdesarrollo como dos facetas de un solo proceso dialéctico, oponiéndose a las tendencias teóricas que consideran al subdesarrollo como una etapa previa para alcanzar el desarrollo dentro del sistema capitalista.

Sin embargo, al considerar el desarrollo como crecimiento económico, el doctor Zea limita el campo de significado del propio término cuando en realidad, el proceso dialéctico se produce también en otras estructuras como la cultural.

Finalmente la obra pone en

evidencia la necesidad de la solidaridad tercermundista como medio para salir del subdesarrollo. Esta concepción es nueva y merece ser profundizada y permite algunas reflexiones sobre lo difícil que sería el lograr dicha solidaridad como una solución al subdesarrollo:

- 1) Las relaciones de dependencia estructural impiden la formación de una verdadera conciencia del subdesarrollo y sus causas en los países periféricos así como de un bloque unido de naciones solidarias; ejemplos recientes de presiones imperialistas sobre naciones aisladas confirman esta hipótesis.
- 2) Por otra parte, aunque las diferencias culturales son

profundas entre los países periféricos el bloque imperialista aprovecha cierta uniformidad de las tendencias culturales transmitidas por las principales sociedades de consumo para extender su dominación.

- 3) Las burguesías pseudonacionales que manejan las economías internas de los países periféricos tienen intereses personales de tipo capitalista e inclusive ligados a los países imperialistas, por lo que las relaciones entre los países del Tercer Mundo se han caracterizado más por una relación de competencia que de verdadera solidaridad.

MARÍA TERESA GUTIÉRREZ-HACES.*